

ses, quienes en nuestros dias han dado un ejemplo de perseverancia cristiana y aun de celo apostólico nunca bastantemente admirados.

En 20 de octubre de 1839 escribia el obispo de San Luis en el Canadá al superior general de los jesuitas: «Hace veintitres años salieron del Canadá, su patria, dos salvajes de la mision iroquesa con otros veintidos guerreros, compatriotas suyos, y fueron á esta blecerse en un pais situado entre las montañas llamadas *Pedregosas* y el mar Pacífico. Este pais es habitado por naciones infieles, y en particular por la que los franceses llaman *cabezas-planas*. Allí se casaron y fueron incorporados á la nacion india. Como estaban bien instruidos en la Religion católica que profesan los iroqueses convertidos por los antiguos PP. de vuestra Compañía, han continuado practicándola y enseñándosela á sus mugeres y á sus hijos. Aún ha ido mas lejos su celo: hechos apóstoles, sembraron las primeras semillas del catolicismo en medio de las naciones infieles con las cuales viven. Estos preciosos gérmenes comienzan ya á dar su fruto, porque en el corazon de aquellos salvajes han hecho nacer el deseo de tener misioneros que les enseñen la ley divina.

»Hace unos ocho ó nueve años vivieron á San Luis algunos individuos de la nacion de los *cabezas-planas*, con el objeto de ver si la Religion de que con tantos elogios les hablaban los veinticuatro guerreros iroqueses, era en realidad tal como ellos la pintaban, y sobre todo si las naciones que tienen la piel blanca (asi llaman á los europeos) la habian adoptado y la profesaban. Llegados á San Luis, cayeron enfermos, mandaron llamar un sacerdote, y pidieron con instancias por medio de signos el Santo Bautismo. Accedióse en seguida á sus deseos, recibieron con la mayor devocion el Santo Bautismo, y luego cogiendo un Cru-

cifijo le besaron una y muchas veces con la mayor ternura y devocion.—Algunos años despues la nacion de las *cabezas-planas*, envió de nuevo á San Luis un iroqués, el cual se presentó con dos hijos suyos, los cuales fueron instruidos y bautizados por los PP. del colegio. Pidió misioneros para sus compatriotas, y se marchó confiado en que algun dia quedaria por fin satisfecho el deseo de aquella nacion; pero en el camino fué muerto por unos salvajes infieles de la nacion de los Sioux.—Por último, ha llegado á San Luis otra diputacion, y era ya la tercera, despues de un largo viaje de tres meses. Compónese de dos iroqueses cristianos; estos salvajes, que saben hablar francés, nos han edificado con su conducta verdaderamente ejemplar é interesado con sus discursos. Los PP. del colegio los confesaron, y hoy en mi misa han comulgado en la iglesia catedral. Despues les administré el Sacramento de la Confirmacion, y en un discursito que precedió y siguió á la ceremonia, les di el parabien por su dicha y la esperanza de que pronto tendrian un sacerdote.

»Mañana se marcharán; uno de ellos irá muy luego á llevar esta buena noticia á los *cabezas-planas*; el otro pasará el invierno en la embocadura del rio de los Osos, y en la primavera continuará su viaje con el misionero que les enviemos. De los veinticuatro iroqueses que emigraron en otro tiempo del Canadá, ya no viven mas de cuatro. No contentos con plantar la fé en aquellos paises salvajes, la han defendido además contra los proyectos y empresas de los ministros protestantes. Cuando estos supuestos misioneros se presentaron, nuestros buenos católicos se negaron á admitirlos: «Estos no son los sacerdotes de que nosotros hemos hablado, decian ellos á los *cabezas-planas*, no son los sacerdotes de largas ropas ó sotanas negras que no tienen mu-

jes, y dicen misa, y llevan consigo el crucifijo etc.» Por amor de Dios, mi muy reverendo Padre, no abandoneis estas almas (1). Hé ahí lo que en 1839 escribia el obispo de San Luis del Canadá al general de los jesuitas; véase ahora cuáles han sido las ultimas consecuencias de aquel celo apostólico de los guerreros iroqueses.

En la primavera de 1839, un jesuita belga, el P. Smet, fué encargado, por el obispo de San Luis y su provincial, de hacer un viaje á las *Montañas pedregosas ó peñascosas*, á fin de sondear las disposiciones de los indios y ver qué resultados podrian esperarse de establecer una mision en medio de su tribu. «El 30 de junio, dice el citado Padre, encontré la escolta que los *cabezas-planas* me enviaban para que me sirviese de guia y de defensa. Nuestra entrevista fué la de hijos que vuelven á ver á su padre despues de haber estado suspirando mucho tiempo por su regreso. En el mismo lugar se hallaban reunidos una multitud de indios de todas las naciones venidos á este comun sitio de reunion para cambiar los productos de su grosera industria. Con grande alegría de todos, tuve la dicha de celebrar una misa que el carácter de los asistentes y la majestad del desierto concurrían á hacer solemne. El altar se habia arreglado sobre un otero rodeado de ramas de árboles y de guirnaldas de flores. Para el corazon de un misionero era un espectáculo sumamente tierno aquella inmensa familia compuesta de tantas diversas tribus y proternándose con igual reverencia ante la hostia divina. Los canadienses entonaban himnos en francés y en latin, y los indios cantaban cánticos en su lengua natal; todas las distinciones, todas las rivalidades de tribus, se bor-

raban ante un sentimiento unánime, el de la piedad cristiana. ¡Oh! ¡verdaderamente era esta una ceremonia católica! Este sitio se llama desde entonces *La pradera de la Misa*.

»A la celebracion de nuestros santos misterios asistieron unos treinta indios *serpientes* aunque idólatras. Quisieron tener conmigo una conferencia y me invitaron á tomar asiento en su consejo. Hiciele una rápida explicacion de las verdades y de los deberes que enseña el Evangelio, y todos me escuchaban con la mayor atencion y se retiraron en seguida para deliberar entre sí. Al cabo de una media hora, volvió uno de los principales jefes en nombre de todos á comunicarme su resolucion. «*Ropa-negra*, me dijo, las palabras de tu boca han ido derechas á nuestros corazones, jamás las olvidaremos. Nuestro pais está abierto á tu celo, ven á enseñarnos cómo se agrada al Grande Espíritu, y verás si nuestra conducta corresponde á tus lecciones.» Yo les aconsejé escogiesen de entre ellos un hombre de juicio y prudente que todos los dias por la mañana y por la noche los reuniese para ofrecer juntos sus oraciones al Señor; y aquella misma noche ya se efectuó la reunion y se hizo en comunidad la oracion.

»Pocos dias despues llegamos al campo de los *Cabezas-Planas* ó de los *Panderas* ó *Pendientes de orejas*. No trataré de describir la recepcion que estos buenos indios habian preparado á su Padre; mi entrada en su poblacion fué un verdadero triunfo, al cual todos quisieron concurrir, hombres, mugeres y niños. El gefe principal, venerable anciano que hace traer á la memoria los antiguos patriarcas, me esperaba rodeado de sus principales guerreros y desde el momento hubiese abdicado en mí su autoridad soberana; si yo no le hubiese advertido que se equivocaba acerca del objeto de mi visita, y que toda mi

(1) *Anales*, t. 14, n. 70, p. 275.



ambicion se reducía á trabajar en la salvacion de su pueblo. En seguida tratamos del tiempo que convendria destinar á los ejercicios religiosos, y uno de los gefes me trajo una ampana que debia de servirme para convocar las tribus.

»A la caída de la tarde estaban ya reunidos delante de mi tienda unos dos mil salvajes para rezar en comun la oracion de la noche. ¡Que no pudiera yo pintaros la emocion que esperimenté al oír á aquellos hijos de las montañas cantar en alabanza del Criador un cántico solemne que ellos mismos habian compuesto! Aquellas dos mil voces levantándose á coro desde el fondo del desierto y pidiendo á Dios la gracia de conocerle mejor para mas amarle, formaban para mí el concierto mas sublime. Todas las mañanas, al rayar el dia, el anciano gefe recorria á caballo todo el campo y, parándose delante de cada cabaña, decia: «Vamos, hijos mios, que ya es hora de levantarse. Que vuestro primer pensamiento sea para el Grande Espíritu. Arriba, que el P. va presto á tocar á la oracion.» Si notaba algun desórden, ó los gefes le habian dado un parte desfavorable, dirigia al culpable una reconvenccion paternal, y apresurándose á ir hácia el lugar de la asamblea, se tenia buen cuidado de prometer arrepentimiento y enmienda.

»Muchas veces le faltan las fuerzas al misionero; pero la atencion de ese buen pueblo no se cansa jamás. Cuatro veces al dia los reuno para explicarles la doctrina del divino Maestro; y á pesar de esto, en los intervalos se vé lleno mi alojamiento de una multitud ansiosa de instruccion. «Padre, me dicen, si no temiéramos cansarte, pasaríamos aquí toda la noche, pues cuando tú hablas del Grande Espíritu no se acuerda uno de dormir.» El Señor ha bendecido su religiosa solicitud. Desde la segunda reunion y valiéndome de

un intérprete traduje el *Padre nuestro*, el *Credo* y los mandamientos de la ley de Dios. Despues de haberlos rezado algunos dias, por la mañana y por la noche, prometí una hermosa medalla de plata al primero que me los dijese de memoria. Al punto se levantó uno de los gefes y me dijo sonriéndose: «Padre, aquí estoy yo.» Y sin equivocarse en nada los repitió y ganó su medalla. Le abracé en seguida y en el acto le nombré mi catequista. Puso al momento manos á la obra y con tanto celo que antes de quince dias ya sabian su oracion todos los *Cabezas-Planas*.

»Recibida con tanta avidez la divina semilla debia de producir abundante mies; asi es que fueron admitidos al bautismo seiscientos indios, á cuya cabeza se veian el gefe principal de los *Cabezas Planas* y el de los *Panderas*. Un dia en que estaba yo exhortando á los catecúmenos á que se arrepintiesen de sus faltas, me dijo el último gefe: «Padre, yo he vivido mucho tiempo en una profunda ignorancia; yo hacia entonces el mal sin conocerlo y he podido desagradar al Grande Espíritu; pero cuando mejor instruido he sabido que una cosa era mala, he renunciado á ella; y desde entonces no recuerdo haya ofendido yo á Dios voluntariamente (1).»

Testigo el P. Smet de estas admirables disposiciones vuelve á San Luis y reuniendo varios de sus hermanos regresa con ellos para evangelizar á los pueblos de las montañas pedregosas. Otros misioneros penetran en las vastas regiones del Oregon, hácia el Oceano pacífico. Los Oblatos de María, congregacion de misioneros fundada recientemente en Marsella por el actual obispo de esta ciudad, se establecen en diferentes puntos del Canadá, dispuestos á ir á las Montañas peñascosas y

(1) *Anales*, t. 13, n. 79, p. 488.

aun mas allá. Los misioneros de San Vicente de Paul están encargados del nuevo obispado de Tejas, cuya Silla está en Galveston, para de allí estenderse en todas direcciones. La mision del Oregon ó de la Colombia presenta una mies tan abundante y tan madura que la Santa Sede erigió allí un obispado y muy luego una metrópoli y siete obispados con uno de los misioneros, el Ilmo. Blanchet, por arzobispo. Tales son, en pocos años, los admirables resultados del celo apostólico de algunos iroqueses, secundado por las limosnas de algunas piadosas mugeres de Lyon que fundaron la asociacion para la Propagacion de la Fé. Por el mismo tiempo, el Ilmo. señor Fleming, vicario apostólico de Terra-Nova, donde hacia ya mucho tiempo no se habia visto un sacerdote, edificaba allí una grande iglesia de piedra con el auxilio de sus brazos y de los de su pueblo (1).

Cosas notables: hasta 1850 las Antillas francesas no tenian obispo; y las Antillas inglesas y dinamarquesas tenian un obispo católico. En 1828 no habia en ellas mas de doce sacerdotes; y en 1845 habia ya setenta misioneros llenos de celo y de valor. En ese tiempo el número de católicos ha ido creciendo en la misma proporcion, pues de ciento veinticinco mil que eran al principio, subieron á ciento setenta mil. En una carta de 7 de febrero de 1846 el obispo de estas islas, vicario apostólico de la Trinidad, refiere ejemplos admirables de piedad y de celo por parte de los fieles, especialmente de los negros libertos. En 1842 fué llamado á la isla de la Dominica para calmar las escisiones que habia en aquella colonia, y el gobernador le dijo: «Si de aquí á diez años habeis conseguido restablecer un poco de calma, creeré que habeis hecho un milagro.»

(1) *Anales*, t. 14, n. 85, p. 411.

«Durante muchos dias, escribe el obispo, puse por obra cuanto me sugirió la prudencia para restablecer la union; pero sin resultado. Entonces recurrí á mis medios ordinarios; propuse á los misioneros que me acompañaban hacer unos dias de ejercicios espirituales y una novena para alcanzar de la infinita misericordia de Dios, por la intercesion de la Santísima Virgen, esa paz desconocida por tanto tiempo en la Dominica. Al punto comenzamos los piadosos ejercicios, y gracias á vos, Dios mio, que tan benigno sois y tan poderoso, obróse al punto una gran mudanza, la agitacion fué calmándose visiblemente, van apagándose en los ánimos la venganza y el odio, los confesonarios se ven rodeados de gente, el pueblo se apiña en el templo del Señor y se postra al pie de los santos altares derramando lágrimas de arrepentimiento y de alegría. El fervor aumenta cada dia durante los ejercicios; las disensiones se ven substituidas por arranques de caridad, y el beneficio de la paz se difunde por todas partes. ¡Oh! ¡Qué gran consuelo recibió nuestra alma al ver que aquellos mismos que habian abrigado en sus corazones un odio implacable unos contra otros venian en tropel al pié de los altares, se acercaban á la santa mesa y recibian en ella á su Dios con las mas señaladas muestras de la mas sincera piedad! ¡Qué espectáculo tan tierno y edificante ofrecia entonces la isla de la Dominica! Todas las bocas repetian los dulces nombres de hermanos y de amigos. En medio de las calles y de las plazas públicas los que poco antes eran enemigos irreconciliables se arrojaban al encontrarse y mutuamente se pedian perdon y luego se abrazaban como individuos de una misma familia, felicitándose de consolarse de una larga ausencia y prometiéndose un afecto sincero y duradero. En la visita de despedida que hice al gobernador de la isla, me dijo á pesar de ser protestante:



«yo no creía que hubiese milagros desde el tiempo del Salvador; pero ¿cómo podría yo negarlos ahora, teniendo á la vista un milagro tan grande de la gracia? Ningun poder humano habria podido conseguir semejante resultado.»

«Me complazco en consignarlo aqui, añade el obispo; los progresos que los negros han hecho en la observancia y cumplimiento de los deberes religiosos son tan reales y positivos como importantes. Aun hace poco tiempo los habitantes de la isla de Santa Lucia no tenían mas que tres sacerdotes y algunas iglesias casi arruinadas; mas hoy trabajan ya allí con fruto once misioneros en la salvacion de sus hermanos, y hay en diferentes puntos nueve iglesias en buen estado, las mas de las cuales son nuevas, capaces, sólidas y muy limpias. De dia en dia se va extendiendo y consolidando mas y mas nuestra Santa Religion en este hermoso país.»

Lo mismo sucede con la isla de Granada. En 1844, cuando hice mi visita pastoral en ella, los habitantes de San Jorge no tenían aun mas de una capilla ruinosa; pero su fé y piedad eran tales que nada podia detenerlos cuando se trataba de asistir á la celebracion de los santos misterios. Asi es que todos los domingos y dias festivos se veia á dos ó tres mil fieles estar con el mas profundo recojimiento hasta el fin de los oficios, á pesar de estar sufriendo los rayos del sol abrasador de los Trópicos ó los torrentes de lluvia que frecuentemente caian. Sin embargo, deseando tener en su ciudad una iglesia grande y hermosa, mas digna de la magestad de Dios, hicieron muchos sacrificios y gigantescos esfuerzos para construir el bello monumento que hoy se admira allí. Todos sin distincion han querido trabajar en él con sus propias manos; y no sin admiracion se veia á los ricos y á los pobres, á los amos y á los criados, conducir al

sitio del nuevo santuario piedras, arena y cal. Algunos negros, de buena voluntad, distantes tres leguas, venian al rayar el alba, trayéndose su alimento para todo el dia y trabajaban en las canteras con un entusiasmo y una energia que solo la Religion puede dar. «Todo para el buen Dios, decian; todo para el buen Dios que nos ha concedido la libertad.» El parage á donde habia que ir á buscar la piedra y la cal era una montaña tan escarpada que aun á los mismos que no llevaban carga les costaba gran trabajo el subir y el bajar; y sin embargo, se veia á jóvenes vestidas de seda llevar allí materiales como sus criadas. Una cosa me llamó singularmente la atencion, y fué el ver á una pobre mujer ciega y de mas de setenta años, que llevándola de la mano una nietecita suya trabajaba como las demas y llevaba tambien su piedra en la cabeza, radiante de alegría su rostro y con la sonrisa en sus labios.» En otra parroquia de la isla, como no habia piedra en las inmediaciones, los negros libertos se ofrecieron por sí mismos, y lo consiguieron, á sacar del fondo del mar las piedras necesarias para edificar una bonita iglesia, y ejecutaron su peligrosa empresa, cantando las alabanzas de Dios (1).

Por lo que hace á la conversion de los protestantes, los obispos americanos han observado que el método mas eficaz es tener un clero ejemplar y parroquias edificantes. Estos dos libros, siempre abiertos, les dicen mas que todos los demas, y se lo dicen mas alto y mejor y en todas las lenguas y á todas horas. En él leen con gusto los protestantes de América lo mismo que los salvajes que no saben leer.

Desde hace algunos años parece que hasta la tierra de Cham, el África, quiere salir de su

(1) *Anales*, t. 19, n. 110, p. 65.

largo sueño de muerte. Desde que Dios abrió la parte Norte de ella á los franceses y la del Mediodia á los ingleses, ha visto levantarse en estas dos estremidades dos obispados católicos, el de Argel y el del Cabo de Buena Esperanza. La diócesis de Argel, la antigua Icosium, contaba en 1840 una poblacion católica de setenta y cuatro mil almas, de las cuales catorce mil en la ciudad de Argel; y este número ha ido aumentándose desde entonces. En el mes de junio del mismo año, el nuevo obispo Dupuch habia recibido ya ciento treinta abjuraciones de protestantes, sin contar los musulmanes y los judíos. En el mes siguiente recibió tambien un número proporcionado de ellas. En Constantina, la antigua Cirthe, los mismos mahometanos trasladaron la cátedra de su mezquita á la iglesia católica. Allí acudieron muchas veces los árabes del desierto en busca de un sacerdote y de hermanas de la Caridad para que cuidasen de sus almas y de sus cuerpos. Cerca de Argel, en Staoueli, donde acampó el ejército francés cuando desembarcó para hacer la conquista de África, hay un monasterio considerable de trapenses que enseñan á los árabes á cultivar la tierra y á merecer el cielo. De Nancy salen hermanas de la doctrina cristiana para fundar escuelas y visitar los enfermos de la Argelia, y el árabe y el beduino las reverencia mirándolas como ángeles bajados del cielo. Sobre todo las mugeres árabes, prisioneras y esclavas en su misma casa, les preguntan con admiracion. «¿Cómo es que entre vosotros se os permite salir de casa?—«Cierto que sí, puesto que hasta se nos ha permitido abandonar nuestras familias y nuestro país, para venir aquí á ocuparnos en vuestro servicio.»—«¡Oh! esclama la muger árabe, ¿cómo querria tambien yo ser católica, puesto que una muger católica puede salir de su casa.»—Para convertir los árabes de África,

asi como para convertir á los protestantes de la América septentrional, bástale al clero católico ser ejemplar en la conducta y formar parroquias edificantes. El árabe, el musulman, argumenta poco, pero observa mucho.

De Argel al Cabo, á lo largo del Oceano Atlántico, la misericordia divina no ha abandonado enteramente á los africanos como tal vez pudiera creerse. Hay un obispado católico en Ceuta, y otro en Tanger, capital del imperio de Marruecos. Además están allí próximos el obispado de San Cristobal de la Laguna en la isla de Tenerife, el de Canarias en Las Palmas, el de Santiago, para el archipiéago de Cabo Verde; el de Santo Thomé, en la isla de este nombre; y el de Angola, en la costa de Tongo. En el Senegal, colonia francesa, hay sacerdotes, iglesias y escuelas á cargo de algunos Hermanos, con una poblacion indígena que parece deseosa de instruccion cristiana; no falta mas que un obispo misionero para obtener allí los maravillosos resultados que en la Oceania; pero la Providencia proveerá á esto de una manera bastante nueva.

En Saverna (Alsacia) el rabino de la sinagoga de los judíos, Lázaro Libermann, tenia muchos hijos, uno de los cuales, llamado Jacob, era enfermizo, pero mostraba talento para las ciencias rabínicas y una decidida aversion al cristianismo. Cobróle su padre especial cariño y se hizo su mentor y maestro. Pero oigamos al mismo Jacob, hoy ya sacerdote católico, contar su historia á un sulpiciano amigo suyo:

«Tendria yo unos veinte años cuando plugo á Dios comenzar la obra de mi conversion. Mi padre, que era un rabino distinguido, me habia hecho hasta entonces estudiar con él en casa la ciencia talmúdica, y estaba satisfecho de mis adelantos en ella y se complacia con la idea de dejarme por heredero de su destino, de su ciencia y de la consideracion de



que gozaba entre sus correligionarios. Hacia la época á que me refiero, se decidió á enviarme á Metz para que allí concluyese yo mis estudios; en lo cual no tanto se proponia que adquiriese yo una ciencia que muy bien y con toda seguridad podia aprender con él, como el darme ocasion de manifestar mi saber y mis talentos y hacerme recomendable entre los rabinos que en crecido número acuden á formarse en dicha ciudad. Dióme pues cartas de recomendacion para dos profesores de la escuela israelita, de los cuales uno habia sido discípulo suyo y el otro era su amigo. Allí comenzó á hacerse visible para mí la accion misericordiosa de la Providencia. Dios, que queria sacarme del error en que yo estaba, dispuso mi corazon haciéndome sufrir disgustos y repulsas que estaba yo muy lejos de esperar. El rabino que habia sido discípulo de mi padre y á quien en mi familia se habia tratado siempre como hijo de la casa, me recitó con una altanería y un ceño que me ofendieron mucho, tanto que desde los primeros dias resolví no volverle á ver. El otro, que era un anciano respetable, me manifestó algun interés al principio; pero esto no duró mucho.

»Yo queria instruirme, y al efecto me puse á estudiar francés y aun latin, y no se necesitaba tanto para caer en desgracia de mi protector. Por espíritu de fanatismo tenian los antiguos rabinos tal horror á toda lengua que no fuese la hebráica y temian tanto su influencia que particularmente mi padre no sabia escribir ni en aleman ni en francés. A la misma escuela pertenecia mi nuevo maestro; así es que se irritó sobre manera cuando vió que yo no marchaba por el mismo camino. Sin embargo, no por ello me reprendió abiertamente al principio; pero se manifestó muy duro conmigo y muy prevenido contra mí; pues me trataba continuamente con aspereza y nunca me hablaba sin salpicar sus palabras con al-

guna demostracion de su mal humor. Bien es verdad que yo ponía poco cuidado en estudiar el Talmud y si algo estudiaba de él era únicamente para evitar mas amargas reprensiones y librarme de la humillacion que una ignorancia completa me habria causado.

»Semejante situacion no podia menos de fastidiarme hasta lo sumo; así es que no tardé en caer en una profunda tristeza, y cabalmente este es el estado que mas dispone á un corazon generoso á volverse hácia el Señor y á abrirse á las influencias de la gracia. Hasta entonces habia vivido de buena fé en el judaismo y sin sospechar del error; pero entonces caí en una especie de indiferencia religiosa que á los pocos meses fué sustituida por una absoluta carencia de fé. Sin embargo, leia la Biblia, pero con desconfianza; sus milagros me repugnaban y no los creia.

»Entretanto mi hermano mayor, hoy médico en Strasburgo, acababa de pasarse al cristianismo con su muger. Al pronto atribuí este paso á motivos naturales; me imaginé se hallaria en el mismo estado que yo respecto del judaismo; pero le vituperaba por haber dado ese disgusto á nuestros padres; sin embargo, no por eso me indispuise con él; antes por el contrario, entonces fué cuando entablamos mútua correspondencia. Comencéla yo con una carta, en la que le hacia algunas convenciones por el paso que habia dado, y le manifestaba mi modo de pensar acerca de los milagros de la Biblia. Entre otras cosas le decia que la conducta de Dios seria inexplicable si estos milagros fuesen ciertos, pues no se comprendia que Dios hubiese obrado tantos milagros en favor de *nuestros padres idólatras y prevaricadores*, y no los hiciera ya en favor de sus hijos que hace ya tanto tiempo le venian sirviendo con la mayor fidelidad. De lo cual concluía yo desechando aquellos antiguos milagros como inventados por la imagi-

nacion y credulidad de nuestros padres.

»Mi hermano me contestó que él creia firmemente los milagros de la Biblia; que Dios no los hacia ahora porque ya no eran tan necesarios; que habiendo venido ya el Mesias, ya no era menester que Dios dispusiese su pueblo á recibirle, pues todos los prodigios del Antiguo Testamento no habian tenido otro objeto que preparar este grande acontecimiento. Esta carta no dejó de hacerme alguna impresion. Decíame yo á mí mismo que tambien mi hermano habia hecho en su tiempo los mismos estudios que yo; sin embargo, continué atribuyendo su conversion á motivos humanos, y bien pronto se dispó la impresion que me habia causado su carta. Era además demasiado profunda la duda que se habia apoderado de mi espíritu para que fuera á ceder á un impulso tan débil; pero Dios en su bondad me estaba preparando otros. Un discípulo mio me enseñó un libro hebráico sin puntos ó puntuaciones, que él no podia leer porque era entonces principiante en el estudio del hebreo. Recorrí con avidez ese libro, que era cabalmente el Evangelio traducido al hebreo, y esta lectura me impresionó mucho; pero aquí tambien me chocaron y repugnaron los muchos milagros que obraba Jesucristo.

»Púseme á leer el *Emilio* de Rousseau, y ¿quién habia de creer que este libro, tan á propósito para hacer vacilar la fé de un creyente, fuese uno de los medios de que Dios se valió para atraerme á la verdadera Religion? En la confesion del vicario savoyardo es donde está el pasage que me llamó la atencion. Allí espone Rousseau las razones en pro y en contra de la divinidad de Jesucristo, y concluye con estas palabras: «Aún no he podido saber lo que á esto responderia un rabino de Amsterdam.» Al leer esta interpelacion no pude menos de confesar interiormente que yo

no veia qué pudiera responderse. Tales eran mis disposiciones en aquella época, y sin embargo la obra de mi conversion adelantaba muy poco.

»Supe entonces que otros dos hermanos míos que vivian en Paris acababan tambien de abrazar el cristianismo. Esto me llegó hasta el alma, y me parecia como prever que el mas jóven acabaria por hacer otro tanto (como gracias á Dios ha sucedido). Quería yo mucho á mis hermanos y me contristaba la idea del aislamiento en que iba á encontrarme al lado de mi padre. Yo tenia un amigo que respecto á la Religion se hallaba en el mismo estado que yo; y así le veia á menudo, y casi siempre estudiábamos y paseábamos juntos. Este amigo me aconsejó que fuese á Paris, me avistase con el Sr. Drach, quien ya entonces estaba convertido, y examinase con detenimiento lo que tenia yo que hacer antes de contraer las obligaciones anejas á la profesion de rabino (un rabino se obliga á no abandonar jamás su religion). Agradábame esta proposicion y así la acepté con gusto; pero faltaba que la aceptase mi padre, y aquí estaba la dificultad. Escribirle mis proyectos habria sido el medio mas seguro de echarlo á perder, así que me decidí á ir yo en persona á verle. Llegué á Saverna muy cansado del viage que habia hecho á pie; mi padre me dejó descansar un rato antes de hablarme de sus temores; pero aún no habia terminado el dia cuando ya me llamó para que me presentase á él; quiere, sin mas tardar, aclarar sus dudas. Tenia á su disposicion un medio bien facil, no tenia mas que preguntarme acerca de mis estudios y en particular acerca del Talmud; y mis respuestas le darian á conocer si yo habia sido ó no aplicado, pues él sabia muy bien que no es facil engañar á los examinadores cuando se trata de una materia que requiere tanto trabajo, tanta memoria, tanta